

4. RELACIONES DE CAMPO

La investigación etnográfica puede y tiene lugar en una amplia variedad de lugares: pueblos, ciudades, vecindarios de la ciudad, fábricas, minas, granjas, tiendas, oficinas de negocios de todo tipo, hospitales, teatros de operaciones, prisiones, bares, iglesias, escuelas, institutos, universidades, agencias tributarias, tribunales de justicia, tanatorios, capillas funerarias, etcétera. Estos lugares varían en todos los sentidos que son relevantes para la naturaleza de las relaciones posibles y deseables con la gente que vive y/o trabaja en ellos. Además, existen muchas diferencias dentro de cada lugar. Las generalizaciones acerca de las relaciones de campo están sujetas, en última instancia, a un montón de excepciones. Ningún conjunto de reglas puede ser tratado como algo que produce automáticamente buenas relaciones de campo. Todo lo que se puede ofrecer es un estudio de ciertos tipos principales de consideraciones metodológicas y prácticas en torno a las relaciones de los etnógrafos en el campo.

RESPUESTAS INICIALES

Igual que los porteros o los padrinos, los actores en el campo también intentarán situar al etnógrafo en su zona de experiencia. Esto resulta necesario para ellos, por descontado, para saber cómo deben tratar con el etnógrafo. Algunos individuos o grupos tienen escaso o nulo conocimiento sobre la investigación social, y por eso los investigadores de campo se encuentran a menudo bajo sospecha, al menos al principio, de ser espías, inspectores de Hacienda, misioneros, etcétera, como hemos señalado en los capítulos anteriores. Así pues, Kaplan explica que los pescadores de Nueva Inglaterra que ella había estudiado creían que era o bien una delegada del gobierno o una investigadora de una agencia de seguros (Kaplan, 1991, pág. 223).

Generalmente estas sospechas se disipan con rapidez al incrementarse el contacto, pero no siempre sucede así. Y a veces, dada la naturaleza de la investigación, puede resultar difícil distanciarse de dichas etiquetas. Hunt (1984, pág. 288) explica que los oficiales de policía que estudiaba sospechaban que ella era una agente encubierta del Departamento de Asuntos Internos o del FBI, una sospecha provocada por los oficiales del departamento de policía en el que estaba trabajando. Pero en realidad ella era, y así se la conocía, una asesora contratada por la ciudad para evaluar a la policía, un papel que los sujetos que sufrían esa investigación podían considerar como de espía. A pesar de esto, Hunt fue capaz de ganarse la confianza de los oficiales de policía que estaba estudiando gracias a que se mostró predispuesta a ayudar en las emergencias callejeras, y gracias también a criticar abiertamente a los altos cargos del departamento de policía.

Como contraste, Den Hollander nos proporciona un ejemplo de una de estas identificaciones iniciales, que aparentemente es más favorable pero que, a la postre, será un obstáculo insuperable para su investigación:

Pocos días después de haber llegado a una ciudad del sur de Georgia (1932) se rumoreaba que yo era un agente de una empresa de fibras sintéticas enviado para estudiar la viabilidad de la instalación de una industria en la ciudad. Mis desmentidos no hacían otra cosa que reforzar el rumor; todo el mundo trataba de venderme las excelentes cualidades de la ciudad y su población; el observador se había convertido en una verdadera hada madrina, hasta el punto de que se hizo imposible realizar un trabajo mínimamente serio. La solución fue abandonar la ciudad.

(Den Hollander; 1967, pág. 13)

Incluso cuando en un lugar determinado las personas se muestran familiarizadas con la investigación, puede haber una seria divergencia entre las expectativas que tienen depositadas en la investigación y las intenciones del investigador. Como los porteros, la gente en general puede ver al investigador como un experto o un crítico. Además, aunque la etnografía no sea familiar para ellos, pueden ser, o al menos así se consideran a sí mismos, expertos en la metodología de investigación, y mantener una actitud negativa hacia aquélla. Este problema es especialmente grave, por supuesto, cuando la gente tiene formación académica, o

si hay, incluso, sociólogos entre ellos (Platt, 1981). Scott proporciona un ejemplo de investigación sobre la experiencia de los estudiantes licenciados en las universidades británicas. Junto a su compañero de investigación, se le pidió que presentara en el seminario de graduación del departamento de sociología un documento que explicara cómo iba a realizar las entrevistas:

Casi antes de que hubiéramos acabado de hablar, el profesor se puso en pie de un brinco y dio comienzo a su diatriba, en la que evidenció no sólo su desacuerdo con nuestra presentación y metodología, sino su molestia. Nos dijo que escribiéramos un artículo para *Network*, la revista de la Asociación Británica de Sociología [...], porque esto «haría que nuestra investigación fuera menos despreciable», y que debíamos publicarlo antes de completar nuestra investigación. [...] Sentimos que se nos había clasificado como ejemplo del «peligro» que entrañaba la investigación etnográfica, así que ese profesor podía desempeñar el papel de gran hombre y ningunearnos frente a sus alumnos. Más tarde comprendimos que el profesor había sido uno de los más exaltados a la hora de exigir que se nos controlara detalladamente cuando nuestro proyecto fue expuesto.

(Scott, 1984, pág. 175)

Fuera de la academia puede haber un menor conocimiento pero igual o mayor hostilidad. El comentario de un agente de policía en la comisaría del Royal Ulster, citado por Brewer (1991, pág. 16), proporciona un ejemplo: «Si algo me subleva es la sociología. Creo que se trata de una buena carga de mierda, así de sencillo». Brewer señala que para algunos oficiales de policía, la palabra «sociología» suena muy parecida a «socialista». Pero ésa no es la única fuente de problemas; él cita a un oficial veterano:

Creo que la mayoría de policías no puede relacionar la sociología con nada, porque la cuestión es que ellos lo piensan todo en términos de blanco o negro: aquellos que hacen cosas malas deben ser castigados, y los que lo hacen bien deben ser recompensados. La sociología parece cambiar el esquema que tienen en la cabeza. Parece decir que aquellos que hacen el bien y son honestos están equivocados. Es como si la sociología dijera que si un hombre que no gana tanto dinero como yo roba para mantener a su familia no está actuando mal. Y una cosa más, la sociología parece afirmar que aquellos que están sanos y hacen el bien actúan así a expensas de los pobres desafortunados.

Allí donde estas actitudes prevalecen, la gente pondrá en duda la legitimidad de la investigación y las credenciales de los investigadores, como le sucedió a la colega de Brewer Kathleen Magee en su investigación sobre RUC:

POLICÍA DE GUARDIA: Mira, espera un minuto. ¿Qué te da derecho a venir aquí y empezar a preguntar cosas personales acerca de nuestras familias y todo eso? [...] No vas a aprender nada de la policía mientras estés aquí. No te van a decir nada... ¿Sabes por qué? Porque siempre vas por ahí con ese bloc de notas apuntándolo todo, y ni siquiera te estás acercando a la verdad... Además, ¿para qué va a servir tu investigación de todas maneras? ¿Nos va a reportar algún beneficio? ¿Por qué investigas? Porque, déjame decirte, las únicas personas que van a estar interesadas en tu investigación son las autoridades.

Este tipo de asaltos verbales continuó durante un tiempo, pero finalizó en una nota menos hostil:

POLICÍA DE GUARDIA: Tal vez la policía me ha hecho así, pero ¿no te das cuenta de que si vienes de ese modo, haciéndome preguntas acerca de mi familia, si pretendes saber todas esas cosas, yo tengo que confiar en ti? Por eso, después de esta noche, te dejaré salir en coche conmigo.

(Brewer, 1991, págs. 21-22)

Como muestra este ejemplo, tengan o no conocimiento de la investigación social, y sea cual sea la actitud que muestren ante ella, la gente a menudo se siente más preocupada acerca del tipo de persona que es el investigador que por la investigación en sí. Intentarán calcular hasta qué punto se puede confiar en él, si es mejor aproximarse o mantener cierta distancia y tal vez también si pueden ser manipulados o explotados (para un análisis interesante de este proceso, véase Edgerton, 1965). Es muy importante cuidar «la presencia» (Goffman, 1955). Como en otras situaciones en las cuales es necesario crear o establecer una imagen, se debe prestar mucha atención a la «impresión» que se causa. Ante todo se deben evitar los aspectos de la imagen del investigador que puedan obstaculizar el acceso, al tiempo que se deben resaltar aquellos que lo faciliten; siempre, claro está, dentro de los límites marcados por consideraciones éticas.

EL CUIDADO DE LA PRESENCIA

La apariencia personal puede ser un aspecto especialmente importante. A veces tal vez será necesario que el investigador se vista de un modo similar a la gente que estudia. En el caso de la investigación encubierta se trata de un detalle imprescindible; en este caso el trabajador de campo debe ser más cuidadoso con sus aspectos personales que los otros participantes. La investigación que Patrick realizó sobre bandas de Glasgow revela la dificultad que implica «pasar inadvertido» de esta manera:

La ropa era otra dificultad importante. Yo ya sabía de la importancia que los miembros de la banda le dan a la ropa que llevan a la escuela; por eso, después de comentarlo con Tim, compré [un traje de noche azul, con un cinturón de doce pulgadas, flecos de tres pulgadas sobre los bolsillos y un pañuelo azul claro con lunares blancos, para combinar con la corbata, en el bolsillo de la solapa]. A pesar de todo cometí dos errores. Primero, pagué el traje en efectivo en vez de pagarlo a plazos, atrayendo así la atención del personal de la tienda y provocando la desconfianza de la banda cuando, inocentemente, mencioné lo ocurrido. En segundo lugar, la primera noche que salí con la banda, me abroché los botones centrales de mi chaqueta, como solía hacer siempre. Tim me aclaró en seguida el malentendido. Los muchachos de la banda se abrochaban sólo el último botón de la chaqueta para así poder tener las manos en los bolsillos de los pantalones mientras su chaqueta estaba abotonada.

(Patrick, 1973, pág. 15)

El mismo tipo de cuidado que se le presta al vestuario es necesario prestárselo al hecho de mostrarse abierto, algo que durante el período inicial es necesario para ganar la confianza. Sin embargo, en el caso de la investigación de Wolf sobre los «motoristas fuera de la ley», era importante no sólo que él pareciera un motorista -el pelo hasta los hombros y una chaqueta de cuero y unas botas también de cuero, una barba considerable y una serie de parches apropiados en la ropa, etcétera-, sino también que tuviera una «burra», una moto, que pudiese aprobar el examen de los expertos (Wolf, 1991, pág. 214).

Incluso allí donde el investigador está al descubierto, la apariencia puede ser un factor importante a la hora de relacionarse con la gente en el campo. Van Maanen señala que, tras participar en una observación como estudiante de la academia de policía, al examinar a los agentes que patrullaban en la calle él

seguía llevando la placa y el revólver. Esos símbolos de pertenencia significaban para los otros mi compromiso a la hora de correr el riesgo que entraña la vida de policía. Al margen de unos pocos acontecimientos especiales, desfiles y ceremonias cívicas en las que los cuerpos uniformados eran mayoría, la chapa y el revólver estaban, como dijo un policía, fuerd de lugar. Me vestía para la calle como yo pensaba que debía hacerlo un oficial; zapatos de pesado talón, un pasador de corbata y una chaqueta amplia que dejaría invisible el bulto de mi revólver. Llevaba conmigo mi porra y mis esposas, un puñado de llaves y balas de repuesto, y a veces un walkie-talkie y un revólver pequeño que me habían proporcionado mis compañeros de trabajo para que sintiera que iba bien preparado.

(Van Maanen, 1991, págs. 37-38)

Van Maanen explica que este «vestuario completo de apariencia policial» causaba cierta confusión entre los ciudadanos, que tendían a pensar que se trataba de un oficial de alto rango!

Consideraciones similares, aunque un tanto diferentes en su significación, son las que recibió Henslin en su investigación sobre los indigentes. Tuvo que vestirse de un modo que le permitiera «mezclarse» con los habitantes de los lugares que visitó. Esto resultaba imprescindible tanto para facilitar el trabajo como para convertirse en una diana para los atacadores. Al mismo tiempo, tenía que parecerse lo suficiente a un investigador como para hacerse reconocible ante los trabajadores de los refugios para indigentes en los que pretendía realizar entrevistas. Solventó esta ambigüedad cargando con un viejo maletín de aspecto barato, cuyas costuras estaban rotas, «haciendo que pensarán que acababa de sacarlo de un cubo de basura». Henslin comenta:

Cuando le decía a alguno de los miembros del personal de un refugio que era un sociólogo que estaba realizando una investigación sobre los indigentes, ellos inmediatamente me miraban con más atención -el estatus que yo aseguraba poseer me distinguía de los miles de tipos sin aspecto concreto que pasaban por allí-, haciendo que ese elemento de attrezzo de repente tuviera un papel destacado. Para centrar su atención y ayudarles a aceptar lo que acababa de anunciarles, les indicaba que, a veces, aclaraba mi situación en ese tipo de

registros de entrada (mientras le daba la vuelta al maletín con la costura rota hacia mí mismo para crear el efecto deseado).

(Henslin, 1990, págs. 56-58)

En su investigación sobre las escuelas de élite en Edimburgo, Delamont relata cuestiones parecidas respecto a la vestimenta en el sentido de que ésta le preservaba a la hora de mantener relación con múltiples audiencias:

En particular, tenía un vestido gris y un abrigo para los días en que esperaba ver a varios alumnos. El abrigo me llegaba hasta las rodillas y tenía un aspecto muy conservador, mientras que el vestido era corto, para dar a entender a los alumnos que estaba a la moda. Me dejaba el abrigo puesto cuando iba al despacho del director, y me lo quitaba cuando estaba con los alumnos.

(Delamont, 1984, pág. 25)

Aunque al realizar una investigación abierta el investigador no tiene que copiar detalladamente la vestimenta y el comportamiento de la gente a la que está estudiando, tal vez necesite alterar un poco su apariencia y sus hábitos con la intención de reducir las diferencias. Así logrará que la gente que esté en su presencia se sienta más cómoda; pero ésta no es la única razón para realizar esos ajustes, como señala Liebow:

En cuanto al vestuario, parecerme a ellos (en verano, con camiseta de sport y pantalones informales) casi no supuso ningún esfuerzo. Mi vocabulario y dicción cambiaron, pero no radicalmente. [...] Así, aunque seguía siendo patente mi forma anterior de hablar y vestir, había conseguido deshacerme de algunas de las características de mi entorno social. Me hice más accesible a los otros y, ciertamente, más aceptable para mí mismo. Esto quedó claro una mañana que me dirigía a un encuentro profesional, en traje y corbata. La poca gracia que ello me hacía me permitió tomar conciencia de que el vestuario, la forma de hablar, la apariencia en general, tenían unos efectos tan importantes sobre mí como sobre los otros.

(Liebow, 1967, págs. 255-256)

En algunas situaciones, sin embargo, puede ser necesario utilizar el vestuario para desmarcarse de las categorías concretas a las que uno podría ser asignado. De este modo, en su investigación en Nigeria, Niara Sudarkasa se dio cuenta de que, con el fin de obtener respuestas para sus preguntas en lugares en los que la gente no la conocía, tenía que evitar vestirse como una mujer yoruba: «La gente sospechaba de una mujer con un bloc de notas, pues a la mayoría no les parecía la estudiante norteamericana que afirmaba ser». Sospechaban que se trataba de una mujer yoruba recogiendo información para el gobierno:

Me acusaban tan a menudo de ser una yoruba que, cuando iba al mercado, en el que no estaba segura de encontrar a algún amigo que me identificara, hablaba únicamente inglés (en beneficio de los que allí lo hablaban) y me vestía «como una norteamericana». En mi primer viaje al mercado, dejé mis sandalias, me calcé unos zapatos de tacón discreto y me maquillé, incluso me pinté los labios.

(Sudarkasa, 1986, pág. 175)

Así pues, en la observación participante, donde hay que construir un rol de investigación explícita, la indumentaria elegida puede transmitir el mensaje de que el etnógrafo busca mantener la posición de un miembro marginal aceptable, relacionado con distintos públicos. La indumentaria puede manifestar afinidad entre el investigador y los anfitriones o bien marcar distancia por parte del etnógrafo.

Tal vez no haya prescripciones explícitas sobre el vestuario, pero sí es recomendable ser muy consciente de la imagen y la apariencia que cada uno ofrece. Un error en una cosa tan simple puede echar por tierra todo el esfuerzo. Por ejemplo, Paul Atkinson (1976, 1981 a), una vez que había conseguido el acceso a una universidad de medicina en Edimburgo, fue a ver a uno de los porteros influyentes y entabló con él una conversación «informal» sobre el trabajo de campo. Él vestía con desarreglo (además de llevar el pelo muy largo) y no tenía ninguna intención de entrar dentro del hospital de ese modo. Pero el portero se quedó sorprendido por su apariencia informal y empezó a desentenderse completamente de la investigación. Fue necesario un encuentro posterior, después de un corte de pelo y vestido con traje, para hacerle cambiar de actitud.

Hechas estas consideraciones sobre la presencia a través del vestuario, también se debe trabajar la forma de hablar y de comportarse, aunque, como hemos visto, no es necesario imitar al objeto de estudio

exactamente. El investigador debe decidir cuál es la impresión que quiere dar y comportarse de un modo acorde con ella. De todas formas, la apariencia que es conveniente ofrecer difícilmente será una sola. Suele haber diferentes categorías de participantes y contextos sociales diversos que exigen que el investigador ofrezca imágenes diferentes. En este sentido, el investigador no es distinto de los actores sociales en general, cuya competencia social requiere una sensibilidad capaz de adaptarse a situaciones cambiantes.

La construcción de una identidad acorde con las necesidades del trabajo en algunas circunstancias puede verse favorecida mediante conocimientos y habilidades, relevantes en el entorno, que el investigador ya posee. Parker ilustra el uso de habilidades sociales en el transcurso de su trabajo con bandas de Liverpool. Escribe que:

El conocimiento de ciertas habilidades básicas facilitó que me pudiera mezclar con ellos. Una de las más importantes era la de ser «rápido»: aunque normalmente me consideraban «tranquilo» y socialmente marginal, no es conveniente dar una imagen pacífica. A menos que se te considere una especie de «protegido», debes ser capaz de cuidar de ti mismo en la guerra verbal de los bares y la calle. [...] Ser capaz de jugar al fútbol mínimamente bien también fue algo muy importante que facilitó el que encajara en su esquema. Aunque «no era Kevin Keegan», ellos solían repetirme: «Vete a jugar al Rugby Special». Pero esto era muy importante en un ambiente donde jugar al fútbol ocupa varias horas por semana. También seguía de cerca al equipo de la banda, e iba al «partido» para animarles siempre que podía. Esto me ayudó muchísimo. Y cuando todo el mundo se enteró de que mi equipo era el Preston (además del Liverpool, por supuesto) se convirtió en una especie de broma, pues perdían con frecuencia. «¿Por qué no juegas con ellos?, seguro que no les iría peor; ¿es que acaso hay una escuela de ciegos en Preston?» (Danny).

(Parker, 1974, págs. 217-219)

Otro tipo de ventaja que suelen tener los antropólogos es la de poseer un cuerpo de conocimientos variados y recursos disponibles que la población estudiada no tiene. Por ejemplo, tener nociones sobre medicina y salud y saber realizar tratamientos simples constituyen una ventaja de este tipo. El tratamiento de pequeñas enfermedades, por medio de métodos fáciles y rápidamente disponibles, ha sido una manera a través de la cual los antropólogos han conseguido la confianza de las personas en el campo. Pero eso puede crear otros problemas añadidos, como los que descubrió McCurdy (1976) cuando dedicaba el día entero a realizar trabajos curativos. De todas formas, ésta es una manera a través de la cual los trabajadores de campo pueden demostrar que no son unos intrusos exploradores, sino que tienen algo que ofrecer. Cosas como la orientación jurídica, escribir cartas y otro tipo de servicios pueden desempeñar el mismo papel. Además, a veces proporcionar dichos servicios puede ayudar directamente en la investigación. En su estudio sobre «supervivientes» Mitchell (1991, pág. 100) explica:

Me ofrecí a componer un grupo de cartas en mi procesador de textos y al hacerlo, me vi convertido en receptor de una corriente de opiniones escritas y de las percepciones de los miembros. Por lo tanto, convertirme en el editor del *The Survival rimes*, como las cartas llegaron a conocerse, legitimó el uso de grabadoras y cámaras en los grupos, y me proporcionó una entré en los grupos de supervivientes de otras partes del país.

Los participantes a veces esperan que se les proporcione un servicio, y no hacerlo quizá les decepcione. Mientras realizaba su estudio sobre la organización de una campaña política, Corsino a menudo ayudó transportando materiales, recogiendo recortes de prensa, etcétera. En una ocasión no quiso fregar los suelos y ayudar a preparar la recepción en casa de uno de los miembros, con la excusa de que sería más útil si empleaba su tiempo observando las preparaciones de organización del acontecimiento. Así describe el resultado:

Las reacciones del director de campaña y del director de los voluntarios fueron más adversas de lo que esperaba. En los días siguientes me di cuenta de que se había producido un enfriamiento, amable pero marcado, en mi relación con los oficiales. [...] Empecé a sentirme más y más incómodo. [...] Esto tuvo lugar en un período estéril de las observaciones del trabajo de campo. [...] Lo bueno es que así me convertí en un observador pasivo.

(Corsino, citado en Adler y Adler, 1987, pág. 18)

Esto no quiere decir que todas las expectativas de los que se encuentran en el campo sean legítimas o deban ser satisfechas. En ocasiones, el etnógrafo tendrá que declinar peticiones y aceptar las consecuencias. De hecho, hay que tener cuidado de no ofrecer demasiado, en detrimento de la investigación.

El valor de la pura sociabilidad no debe ser desestimado a la hora de ganar la confianza. De hecho, el investigador debe intentar encontrar formas en las que el intercambio social «normal» pueda establecerse. Esto requiere encontrar un terreno neutral con participantes mundanos con los que se pueda conversar. Para las personas que hospedan al investigador en su medio resulta muy desagradable que éste les bombardee constantemente con preguntas referentes al tema de la investigación. En especial durante los primeros días de negociaciones de campo es recomendable atenerse a los temas de conversación más «irrelevantes» con la finalidad de construir, frente a los otros, una identidad de persona «normal», «regular» y «decente».

Beynon (1983) se refiere a ello comentando sus intentos de establecer relaciones con el profesorado en su investigación sobre escuelas masculinas de educación secundaria:

Aunque no lo buscaba deliberadamente, me centraba en temas sobre los cuales ellos y yo podíamos compartir cierto interés, y que sirvieran como telón de fondo, un buen recurso para empezar y llenar los vacíos que permitan continuar la conversación.

(Beynon, 1983, pág. 40)

No es necesario decir que estas conversaciones aparentemente «irrelevantes» a la postre suelen ser de utilidad para iluminar aspectos de la investigación que en principio no parecían importantes pero que, en el transcurso del trabajo de campo, muestran su relevancia. Beynon elaboró una lista de «entradas» utilizadas para establecer conexiones locales:

Ser reconocido como miembro de la sociedad «local» fue un paso fundamental, especialmente cuando se hizo público que vivía cerca de Victoria Road. Este hecho aminoró considerablemente el sentido de amenaza que yo representaba para ellos.

(Beynon, 1983, pág. 41)

Seguramente algo como lo que ilustra este ejemplo no siempre eliminará el sentido de «amenaza» que el investigador inspira. Dependiendo del lugar, la gente se puede sentir menos, amenazada por el «extraño» o más preocupada por las posibles implicaciones que pueden venir del conocimiento local que adquiere el observador. Esto lo podemos ver en otra forma de «entrada» que nos proporciona Beynon:

Todavía más importante fue mi experiencia anterior como profesor de escuela secundaria, experiencia que utilizaba sin pudor para mostrar a los profesores que no era ajeno a su profesión, a las clases y a la vida escolar en general. Ya era demasiado viejo para presentarme como el «estudiante ingenuo», figura tan familiar en las actuales etnografías; pensé que era mejor presentarme como un antiguo profesor que después entró en la universidad y se hizo investigador.

(Beynon, 1983, pág. 41)

Beynon continúa reproduciendo la siguiente conversación, que ilustra cómo esa experiencia anterior de profesor significó un «punto a su favor» en tales circunstancias. Al mismo tiempo, la conversación explícita la reacción natural contra el trabajador de campo, típica en ciertos medios.

SEÑOR BUNSEN: ¿En qué parte de Londres trabajaste como profesor?

J.B.: Primero en la región sur y después en Hertfordshire.

SEÑOR PIANO (que estaba leyendo el tablón de anuncios de los profesores): ¡Dios mío! ¡No sabía que fueras uno de los nuestros! Había pensado que eras uno de esos «expertos» que no tienen ni idea de lo que ocurre en la práctica pero creen saberlo todo.

J.B.: Yo no lo sé todo, pero sí conozco cómo son las cosas en la práctica.

SEÑOR PIANO: ¿Durante cuánto tiempo fuiste profesor?

J.B.: Diez años, primero en grammar y después en comprehensive.

SEÑOR PIANO: Eso es bastante tiempo. Bien, bien... ¡ahora ya puedo empezar a ser duro con ellos!

(Beynon, 1983, pág. 42)

A este respecto hay que destacar el resentimiento que algunos profesionales, especialmente los profesores, suelen tener por los fríos y frecuentemente invisibles «expertos»; aunque el deseo natural que el trabajador de

campo tiene de quedarse y aprender debe ser suficiente para superar esas hostilidades entre los miembros de un determinado grupo y el analista.

Beynon continúa señalando que el recurso a estas estrategias para establecer «afinidad» con los profesores era algo más que un intento de adularles para conseguir confianza. Y es que estas estrategias comunicativas iniciales no sólo facilitan el acceso a la información, también son información por derecho propio. Asimismo, Beynon destaca su intranquilidad cuando se preguntaba si su oferta de «amistad» a cambio de información no era excesivamente interesada.

Un problema que se le puede presentar al etnógrafo en tales circunstancias es el de decidir cuán abierto a los demás es conveniente mostrarse. No se debe esperar «honestidad» y «franqueza» por parte de los participantes y los informantes si uno nunca se ha preocupado en ser honesto con ellos. Y las feministas también han señalado la importancia de este detalle a partir de un punto de vista ético (véase, por ejemplo, Oakley, 1981). Al mismo tiempo, como en muchas situaciones cotidianas, el investigador a menudo tiene que ocultar sus creencias personales, sus compromisos y sus tendencias políticas. Esto no quiere decir que sea necesario engañar por completo. Los requerimientos normales respecto a tener tacto, ser cortés y a la «interacción ritual» en general (Goffman, 1972) significan que en cierto sentido «todo el mundo se ve obligado a mentir» (Sacks, 1975). Para el investigador esto puede ser una cuestión de gestión autoconsciente de la imagen, y llegar a convertirse en un aspecto omnipresente de la interacción social en el campo. No se debe, por ejemplo, realizar un trabajo de campo en el que únicamente se hable con las personas con las que se tiene cierta afinidad política: no se pueden elegir los informantes de la misma manera que se eligen los amigos (como norma general).

Los problemas concretos aparecen allí donde las tendencias religiosas o políticas del investigador difieren marcadamente de las personas que estudia. Esto lo ilustra la investigación de Klatch sobre las mujeres relacionadas con organizaciones de derechas. Klatch comenta:

A menudo tuve que afrontar una situación difícil a la que las mujeres llegaban porque yo no oponía resistencia: tenía que estar de acuerdo con ellas. Afirmar con la cabeza dando a entender que comprendía sus palabras, por ejemplo, era interpretado como una aceptación de sus creencias básicas. Así, a menudo las mujeres que entrevisté terminaban dándome las gracias por hacer el estudio, diciéndome lo importante que sería para la gente media congraciarse con su perspectiva. Como me dijo una activista a favor de la familia: «Necesitamos gente como tú, gente joven, para restaurar la fe». Habiendo ganado con éxito su confianza, esta mujer interpretó que dicha confianza, y mi entusiasmo por aprender, eran una muestra de mi adhesión a sus creencias.

(Klatch, 1988, pág. 79)

A veces, el trabajador de campo puede sentirse «probado» y presionado para que se sincere, especialmente cuando se trata de grupos o culturas que están organizadas en función de determinadas creencias y objetivos (tales como convicciones religiosas, filiaciones políticas, etcétera). Aquí, el proceso de negociación del acceso al grupo y la confianza de éste puede darse como una especie de iniciación progresiva. En la gestión de su apertura hacia los otros el trabajador de campo encontrará un punto particularmente crucial de este delicado proceder. Eso mismo es aplicable, con más cuidado si cabe, a las investigaciones sobre desviación, ya que los desviados normalmente exigirán al etnógrafo garantías de que no alberga sentimientos de desaprobación y de que no intentará iniciar acciones que vayan en su contra.

LAS CARACTERÍSTICAS PERSONALES DEL INVESTIGADOR

Existen, por supuesto, aspectos de la impresión personal que es posible «gestionar» y que pueden limitar la negociación de las identidades en el campo, y éstos incluyen las tan conocidas características «adscritas». Aunque sería un error considerarlas como absolutamente determinantes e inmutables, características como el género, la edad y la identificación étnica influyen de manera importante en las relaciones con porteros, padrinos y la gente que se está estudiando en general.

El investigador no puede escapar de las implicaciones que devienen del género: no es posible alcanzar una posición de neutralidad en ese sentido, aunque las implicaciones de género varían de acuerdo con el lugar y se entrelazan con la orientación sexual (Roberts, 1981; Golde, 1986; Whitehead y Conaway, 1986; Warren,

1988). De manera reveladora, la mayoría de los efectos de género se centran en el papel de las trabajadoras de campo: en particular, la manera en que su género les obstaculiza el paso a ciertas situaciones y actividades, mientras que abre otras puertas que no son accesibles para los hombres. Durante mucho tiempo esto ha sido un tema en la escritura metodológica de los antropólogos, en el que se ha señalado que las propias mujeres pueden ver restringido el acceso al mundo doméstico de las mujeres, los niños, los abuelos y así sucesivamente. En el estudio de Golde sobre los nahua, el problema se vio exacerbado por otras características:

El problema se centraba en que yo no estaba casada y era mayor de lo que se entendía como razonable para no estarlo, no tenía la protección de mi familia y viajaba sola, y eso las chicas solteras y vírgenes no lo hacían. Les resultaba difícil comprender cómo yo, una chica obviamente atractiva a sus ojos, podía seguir soltera. [...] No estar casada significaba que yo no debería beber, ni fumar, ni salir sola por las noches, ni hacer visitas durante el día sin un auténtico motivo, ni hablar de temas como el sexo o el embarazo, ni charlar con chicos u hombres en mi casa excepto en presencia de personas mayores, ni tampoco hacer preguntas de ningún tipo.

(Golde, 1986, págs. 79-80)

Más o menos en el mismo sentido, a los investigadores hombres les puede resultar difícil acceder al mundo de las mujeres, especialmente en culturas en las que existe una fuerte división entre sexos. Sin embargo, en cierta medida el estatus de extranjero del antropólogo puede permitir distanciarse de estas restricciones. Papanek (1964), como reflejó en su estudio acerca de su experiencia con los purdah, señala que, en tanto que mujer, tenía acceso al mundo de las mujeres, en el que no podía penetrar ningún hombre, mientras que el hecho de ser extranjera la ayudó a apartarse de las obligaciones más estrictas propias de la modestia femenina. La experiencia de Rainbird fue similar:

Ser mujer afectó a mis relaciones en el campo en tanto que ciertas actividades estaban restringidas a un sexo o a otro. Sin embargo, el hecho de que fuera más alta que la mayoría de los lugareños, vistiera pantalones y me mantuviera fuera del estatus social elevado en el que me colocaban, más bien en una categoría ambigua, me permitía concretar citas y visitar a gente libremente por todo el país, como hacían los hombres, pero no beber con los hombres a menos que otra mujer estuviera presente.[...] Por otra parte, tenía un buen acceso a las actividades de las mujeres, así como a la red de cotilleos, a su calor y a su afecto.

(Rainbird, 1990, págs. 78-79)

Problemas similares y libertades sujetas al género pueden también aparecer en investigaciones dentro de las sociedades occidentales. Easterday y otros (1977) señalan que en los lugares dominados por el hombre la presencia de mujeres puede tropezar con la «fraternidad» masculina, de la que están excluidas; estas mujeres se pueden considerar como el objeto de una suerte de «prostitución» ejercida para los hombres de la comunidad de acogida; pueden ser encasilladas en el papel del «recaderas», o tal vez ser adoptadas como una especie de mascota. Todas estas posibilidades implican una falta de participación, o una participación poco seria, por parte de las mujeres. La investigadora no sólo puede encontrar a veces dificultades para ser tomada en serio por parte de los hombres, sino que otras mujeres pueden también mostrarse suspicaces y hostiles frente a su intrusión. Al mismo tiempo, Easterday y otros también reconocen que las investigadoras pueden tener ventajosas compensaciones. La informante «marrullera» tratará de impresionar a la investigadora para probar su particular proximidad con ella, y los hombres se sentirán influidos por su feminidad. De manera similar, en tanto que como mujeres son consideradas poco amenazadoras, tal vez puedan ganar el acceso a lugares e informaciones con relativa facilidad. De este modo, los estereotipos culturales comunes sobre las mujeres pueden beneficiarlas en algunos aspectos.

Warren proporciona un ejemplo de ambos tipos de restricción y de la libertad que puede surgir del hecho de ser una mujer investigadora:

Cuando llevé a cabo mi estudio-tesina sobre la secreta comunidad gay durante finales de los años sesenta y principios de los setenta, estaba en disposición de hacer un trabajo de campo en aquellos lugares dedicados a la sociabilidad y el ocio: bares, fiestas, reuniones familiares. No lo estaba, sin embargo, para observar en aquellos lugares dedicados a la sexualidad: incluso en lugares semipúblicos como las saunas homosexuales [...] y los «salones de té». [...] Así pues, mi retrato de la comunidad gay sólo es parcial; está limitado por los papeles sociales asignados a las mujeres dentro del mundo homosexual masculino.

Warren contrasta este detalle con la investigación en un centro de rehabilitación de drogadictos:

Esta institución estaba abierta tanto a hombres como a mujeres. Pero como investigadora mujer, y después de muchos meses de observación, comprendí que los hombres estaban más dispuestos a hablar conmigo que las mujeres. Además, los hombres no percibían en mí la capacidad de incomodarlos, y me ofrecieron el acceso. Recuerdo muy vivamente un día que decidí subir las escaleras hasta la planta de arriba, una acción expresamente prohibida a los no residentes. Alguien empezó a protestar; la protesta fue silenciada por una voz masculina que dijo: «Vamos, ¿qué mal puede hacernos ella? Sólo es una tía». Subí al piso de arriba.

(Warren, 1988, pág. 18)

La «raza», la etnia, y la tendencia religiosa, así como el género, pueden marcar límites y plantear problemas. La etnia no es meramente una cuestión de características físicas, sino que también implica cuestiones de cultura, poder y estilos personales. Las reflexiones de Keiser (1970) sobre su trabajo con los «Señores del vicio», una banda callejera de Chicago, planteaba la dificultad que para él, un hombre blanco, significaba establecer relaciones con informantes negros. Mientras que unos se mostraban favorables a aceptarlo como «negro blanco», otros manifestaban una abierta hostilidad. Problemas similares pueden surgir, sin embargo, incluso allí donde tanto el investigador como los investigados son negros. Whitehead (1986) era considerado por los jamaicanos que estudiaba como «grande», «marrón», «un hombre que habla bien». «Grande» remitía no a la estatura, sino a su estatus como extranjero con estudios; «que habla bien» indicaba su uso del inglés estándar más que el dialecto. «Marrón» era el término utilizado por los jamaicanos para referirse a una combinación de la claridad de la piel y unas características económicas y sociales deseables. Él señala que uno de los efectos del hecho de ser visto de este modo fue que

cuando intenté charlar de manera distendida o realizar entrevistas formales con cierta cantidad de hombres con bajos recursos económicos, ellos evitaban mirarme a la cara y a menudo, sugerían que yo estaba hablándole a otra persona, a alguien de posición más elevada. Frecuentemente me respondían con latiguillos sin sentido como «sí, señor» y «no, señor».

(Whitehead, 1986, pág. 215)

La experiencia de Peshkin en su investigación en una escuela protestante fundamentalista mostró que la etnia y las afiliaciones religiosas del etnógrafo podían ser un factor importante en el establecimiento de las relaciones de campo:

En Bethany quise ser un estudioso no cristiano interesado en aprender acerca del fenómeno de la educación fundamentalista que estaba aflorando en el país. [Pero] descubrí [...] que ser judío sería el detalle personal que más pesaría en mi investigación; se convirtió en un destacado aspecto insalvable de mi subjetividad. Las personas de Bethany me dejaron definir mi investigación, pero nunca olvidaron mis características. Me di cuenta forzosamente de que las amenazas a mi identidad como judío no eran sólo una cuestión histórica.

Con el fin de inculcar a sus alumnos las doctrinas y las significaciones de la identidad cristiana, los educadores de Bethany nos comunicaron a ellos y a mí que yo formaba parte de los rechazados, como Satán; yo materializaba la oscuridad y la falta de rectitud que contrastaba con su bondadosa luz y su rectitud. Dijeron a los niños que nunca se hicieran amigos, se casaran o hicieran negocios con gente como yo. Lo que ellos esperaban hacer con alguien como yo era convertirlo a su fe.

(Peshkin, 1985, págs. 13-15)

Aunque esto no forzó la salida de Peshkin del lugar de investigación, sí afectó a la totalidad de su trabajo de campo.

Magee, una mujer católica tuvo que afrontar un problema similar al estudiar la (predominantemente protestante) comisaría del Royal Ulster en Irlanda del Norte; sin embargo, supo establecer algunas buenas relaciones en el campo:

Después de un período de doce meses, la persistencia inquisitiva de un trabajador de campo está a punto de convertirse en algo irritante. [...] Pero dejando de lado ejemplos de irritación momentánea, de los que existe un buen número [...] la mayoría de los entrevistados se convierten en confidentes en presencia del trabajador de campo para expresar que, sin duda, sienten un considerable temor respecto a la investigación. A veces esas dudas son expresadas

mediante el humor y la hilaridad. El trabajador de campo empieza a ser conocido como «viejo estorbo»², y aparecen chistes que todos conocen acerca de la correcta pronunciación de los nombres propios en el periódico *Republican News* del Sinn Fein.

(Brewer, 1991, pág. 21)

En ocasiones, pertenecer a una etnia o a un grupo nacional diferente puede incluso suponer distintas ventajas. Hannerz (1969), al hablar de su investigación sobre el gueto negro en Estados Unidos, señala que, mientras uno de sus informantes sugirió jocosamente que él podría ser el auténtico «diablo rubio de ojos azules» del que hablan los musulmanes negros, su nacionalidad sueca le distanciaba de otros blancos.

La edad es otro aspecto importante para el investigador de campo. Aunque ésta no sea una verdad universal, al parecer existe una tendencia a que la etnografía sea desempeñada por los investigadores más jóvenes. En parte esto puede ser debido a que los más jóvenes tienen más tiempo para comprometerse con el trabajo de campo (a menudo estudiando a tiempo completo para graduarse); en parte puede sugerir que para los jóvenes es más sencillo adoptar la posición del «incompetente», del «no comprometido» o del «marginado». Esto no significa que la etnografía deba quedar restringida a los investigadores más jóvenes, sino que uno debe, al menos, manejar la posibilidad de que la edad pueda pesar en el tipo de relaciones que se establezcan y en la recolección de datos. El investigador primerizo puede establecer relaciones de trabajo que no son accesibles para el profesor de mediana edad.

Una razón para esto es el efecto de la edad sobre el *modus operandi* del investigador, como ilustra Henslin, comparando su investigación sobre los taxistas, a los veintinueve años de edad, con la de los indigentes, a los cuarenta y siete:

[En la observación participante de los taxistas] no tuve apenas sensación de peligro, me atraía la excitación de la búsqueda sociológica. Aunque dos o tres taxistas habían sido apuñalados la primera semana que yo conduje un taxi, no creía que algo así pudiera sucederme a mí; no pensé mucho en las implicaciones.

Ahora, sin embargo, tenía que enfrentarme de nuevo a las realidades callejeras, y en ese momento de mi vida no veía las cosas del mismo modo. La edad había supuesto para mí lo que se dice que suele suponer: mi aproximación a las experiencias de la calle era más conservadora. Me sorprendí en más de una ocasión preguntándome qué es lo que estaba haciendo, y si realmente debía hacerlo.

Henslin sigue describiendo su nerviosismo al aproximarse a los grupos de gamberros:

En la parte baja del edificio vi cerca de media docena de hombres jóvenes y dos mujeres agrupados frente al aparcamiento. De algún modo, no se parecían a los jóvenes suburbanos del Medio Oeste que yo conocía. Lo más sorprendente acerca de ese grupo era la cantidad de «metal» que mostraban de manera ostensible, con prominentes tachuelas en diferentes partes de sus vestimentas.

Unos pocos años atrás, estos jóvenes me habrían impresionado como otra variante de las muchas experiencias que podría vivir. Ya no. Ahora me impresionaron como grupo, y la discreción me indicó que lo mejor era dejarlos solos.

(Henslin, 1990, págs. 69-70)

De hecho, contactó con ellos. Le dijeron que dormían en edificios abandonados, y él inmediatamente se preguntó cómo habían llegado a eso, cómo se protegían de los intrusos, etcétera. Sin embargo, a pesar de su curiosidad decidió que pasar con ellos la noche sería peligroso.

La edad y sus mecanismos asociados pueden afectar también la manera en que la gente reacciona frente al investigador, algo para lo que éste no está preparado. Un ejemplo extremo nos lo proporciona la investigación de Corsaro (1981) sobre los niños que acuden a las guarderías:

Dos niñas de cuatro años de edad (Betty y Jenny) y un investigador adulto (Bill) en una guardería:

BETTY: ¡No puedes jugar con nosotras!

BILL: ¿Por qué no?

² En el original aparece aquí un juego de palabras intraducible en castellano. (Nota del editor).

BETTY: Porque eres demasiado grande.

BILL: Me sentaré. (Se sienta.)

JENNY: Todavía eres demasiado grande.

BETTY: Sí, ¡tú eres «Bill el Grandullón»!

BILL: ¿Y no puedo miraros?

JENNY: Vale, ¡pero no toques nada!

BETTY: Tú sólo mira, ¿vale?

BILL: Vale.

JENNY: ¿Vale, Bill el Grandullón?

BILL: Vale.

(Más tarde, Bill el Grandullón consigue que le dejen jugar.)

(Corsaro, 1981, pág. 117)

Tenemos aquí una discusión limitada acerca de las características estándar del etnógrafo y las implicaciones para las relaciones de la investigación. El valor enfatizado de esta discusión quizá no abarque todas las características personales que pueden crear una diferencia. Oboler proporciona un impresionante ejemplo de ello, al hablar sobre la aceptación de su marido entre los nandi de Kenia;

Su primer desplazamiento hasta el río para bañarse fue un examen crucial. En un espíritu de camaradería, como suele ser el baño corllunitario de personas del mismo sexo, él estaba acompañado por toda una serie de hombres jóvenes. Alrededor de ellos había un numeroso grupo de niños curiosos y adolescentes... Todos querían saber la respuesta. [...] ¿Estaba Leon circuncidado? Entre los nandi, la iniciación masculina incluye la circuncisión del adolescente como el acontecimiento crucial del ciclo de vida masculino, sin el cual la identidad adulta, la entrada al sistema de las edades, así como el matrimonio eran imposibles. También se entendía como una importante marca étnica [...] Afortunadamente Leon, judío al que habían inculcado en la tradición, pasó el examen. Estoy convencida de que un marido que no estuviera circuncidado habría dificultado en gran medida mi trabajo de campo.

(Oboler, 1986, pág. 37)

En el transcurso del trabajo de campo, las personas que conocen u oyen hablar acerca del investigador lo encasillarán dentro de determinadas identidades teniendo en cuenta «características adscritas», así como de aspectos de su apariencia y maneras. Este «trabajo de identificación» (Goffman, 1959) se debe tener en cuenta al analizar sus efectos sobre el tipo de información recogida. Al mismo tiempo, generalmente el etnógrafo intentará adaptarse a la naturaleza de su rol, mediante la adaptación del vestuario y el comportamiento, con la intención de facilitar el acceso a los datos necesarios.

ROLES DE CAMPO

En los primeros días del trabajo de campo, la conducta del etnógrafo no suele diferir mucho del tipo de actividades realizadas por una persona normal cuando se encuentra ante la necesidad práctica de encajar en un determinado grupo social. Es comparable con la situación de un novicio o un recluta -un estudiante neófito, un soldado novato o una persona que comienza en un nuevo empleo, por ejemplo- que se encuentra en un ambiente relativamente extraño. ¿Cómo pueden «saber comportarse» y convertirse en «personas experimentadas» estos novatos? Obviamente, no hay nada mágico en el proceso de aprendizaje. Los novatos miran lo que hacen las otras personas, piden a la gente que les explique lo que está ocurriendo, experimentan cosas -ocasionalmente cometen errores- y así sucesivamente. Por tanto, los novatos actúan como los científicos sociales: haciendo observaciones e inferencias, preguntando a los informantes, construyendo hipótesis y trabajando sobre ellas.

Cuando estudia un medio que no le es familiar el etnógrafo también es un novato. Cuando es posible, se sitúa en la posición del «incompetente aceptable», como Lofland (1971) describe con precisión. Únicamente al

mirar, escuchar, preguntar, formular hipótesis y cometer errores el etnógrafo puede adquirir un conocimiento sobre la estructura social del lugar y comenzar a entender la cultura de los miembros del grupo.

Styles proporciona un ejemplo de los primeros escenarios de aprendizaje para ser un observador participante en su investigación sobre las saunas homosexuales. Comenta que antes de empezar asumió que como homosexual se encontraba «entre la "clientela natural" de las saunas. Nunca se me ocurrió que no entendería lo que estaba sucediendo» (Styles, 1979, pág. 151). Antes de ir a una sauna consultó con un amigo homosexual que las frecuentaba:

A partir de esa conversación, no vi mayores problemas y empecé a realizar ciertas tentativas sobre un plan de investigación. Lo primero sería investigar sobre los diferentes escenarios de actividad sexual en las saunas y realizar un diagrama del diseño físico y sexual de éstas. Después de observar la interacción en las diferentes áreas, debería empezar a trabar conversaciones con uno o dos clientes, explicándoles que era la primera vez que visitaba uno de esos lugares, y haciéndoles preguntas acerca de su sauna habitual. Para escribir notas de campo podría usar el aislamiento de algunos lavabos en el piso de abajo, descritos por mis amigos, que tenían puertas que podían cerrarse con pestillo para asegurar la privacidad.

Como podría suponerse, sus planes no salieron como esperaba:

La sauna estaba llena de gente, había mucho ruido y el olor era fuerte. Mi primer proyecto -investigar sobre el diseño de la sauna en sí-, consistió en pasar veinte o treinta minutos dando vueltas, cruzándome con hombres desnudos o casi desnudos en los pasillos. [...] Dejé de lado tomar notas cuando vi una cola de media docena de hombres frente a los lavabos de la planta de abajo... y seguía creciendo. Identifiqué las principales zonas sexuales [...] pero éstas estaban, en su mayoría, tan tenuemente iluminadas que observé algunos detalles del comportamiento y me dejé llevar a la sala de orgías, donde, después de atravesar una masa de cuerpos, me encontré en mitad de la oscuridad, empujado hacia un conjunto de hombres que realizaban actividades sexuales; cogí mi toalla y me di la vuelta mientras uno de ellos me tocaba los genitales. Por fin me rendí en la sala de vapor, entre grandes vaharadas y después de que se entelaran los cristales de mis gafas. El atronador rock de Muzak, el aspecto duro de los clientes y el terrible dolor de cabeza que empecé a sentir (debido a lo que luego supe que era el olor de la amylnitrina, una droga que se inhala para intensificar la experiencia sexual), anularon todo deseo de conversación que hubiera tenido.

(Styles, 1979, pág. 138)

Comenta que «sólo mediante un proceso de prueba y error llegué a entender gradualmente algunos modelos de conducta en la sauna» (Styles, 1979, pág. 139).

La diferencia crucial entre el novicio «profano» y el etnógrafo en el campo es que este último intentará ser consciente de lo que ha aprendido, de cómo ha sido aprendido y de las transacciones sociales que informan sobre la producción del conocimiento etnográfico. Como vimos en el capítulo 1, uno de los principales requerimientos de la etnografía es que suspendamos momentáneamente nuestro sentido común y conocimiento teórico para así minimizar el peligro de confiar demasiado en presuposiciones engañosas sobre el lugar y la gente que lo habita.

Cuando se trata de lugares «extraños» o «exóticos», la confianza que el etnógrafo tiene en sus presuposiciones se viene rápidamente abajo, como, por ejemplo, ocurre con la figura del forastero que nos relata Schutz (1964), cuando éste descubre que lo que sabe sobre el nuevo país no es suficiente para sobrevivir en él. Laura Bohannon (bajo el nom de plume de Eleonore Bowen) escribió un vívido relato, semificticio, sobre sus encuentros iniciales con la cultura africana. Bowen capta el sentido de alienación y «extrañamiento» vivido por la trabajadora de campo, junto con el sentimiento de ser «incompetente»:

Me sentía más como si volviera a mi infancia que como una joven mujer independiente. La familia que me acogía me protegía más o menos contra los extraños, pero posteriormente me hicieron saber sus opiniones sobre mí; obviamente, lo hicieron por mi propio bien, de forma que yo no podía enfadarme por eso. Todavía me vi menos en mi papel de antropóloga profesional preparada llevando a cabo su investigación. Me transportaban de una casa a otra y me llamaban la atención por mi falta de educación o por mojarme los zapatos. Lejos de ser dóciles informantes de los que podía aprender, me encontraba con gente que me enseñaba lo que ellos consideraban que era bueno que supiese y más me interesaba en ese momento, casi siempre cuestiones referentes a las plantas o a las personas.

Bowen documenta las emociones personales que supone llegar a adaptarse a este extrañamiento, pero en su relato se ve que eso es intrínseco al proceso de aprendizaje.

Esta experiencia de extrañamiento es lo que se suele denominar «choque cultural» y constituye la moneda corriente en la antropología social y cultural. Esa confrontación entre el etnógrafo y la cultura «extraña» es la fundamentación metodológica y epistemológica de la empresa antropológica, ya sea desde el punto de vista de la perspectiva románticamente inspirada en la cultura exótica, o de un encuentro, menos idílico, como el descrito por Chagnon sobre su trabajo entre los yanomamo. Él describe con franqueza cómo empezó su trabajo de campo con una mezcla de impresiones. Por un lado, confiesa una expectación a lo Rousseau sobre sus futuras relaciones con los yanomamo: que él les iba a gustar, que éstos le adoptarían, etcétera. Al mismo tiempo, debido a su preparación como antropólogo durante siete años, llevaba consigo un considerable bagaje de supuestos científico-sociales: como él dice, iba a encontrar «hechos sociales» habitando en la aldea, todo el mundo querría explicarle sus genealogías, etcétera. En contraste con estas fantasías románticas y sus suposiciones teóricas, no encontró un conjunto de hechos sociales, ni los indios elegidos se adaptaron a la imagen de nobles y acogedores salvajes que albergaba en su imaginación. Al contrario:

Levanté la mirada y contuve la respiración al ver a una docena de hombres grandullones, desnudos y horribles que nos miraban apuntándonos amenazadoramente con sus flechas. Grandes hileras de tabaco verde colgaban de sus dientes y labios haciendo que pareciesen incluso más horribles, y una especie de moco de color verde oscuro colgaba de sus narices. [...] Me quedé horrorizado. ¿Qué clase de bienvenida era ésa, para una persona que va allí a vivir contigo y a aprender de tu forma de vida, y que quiere hacerse amigo tuyo?

(Chagnon, 1977, pág. 4)

Es necesario decir aquí que la revelación de Chagnon muestra no sólo el «choque cultural» del occidental que encuentra una cultura «exótica», sino también el problema del científico social que, a través de la observación directa, tiene que encontrar «hechos sociales», «reglas», «instituciones», «organizaciones» y cosas por el estilo. Tal vez sea ésta una de las lecciones más duras que se aprenden ahí fuera. No se puede «ver» la vida cotidiana como si ésta estuviera esperando ser leída, como si fuera un libro de antropología o sociología, y no se pueden extraer directamente conceptos analíticos de los fenómenos que ocurren en el día a día. Algunos investigadores, recién llegados al campo, tienen incluso la impresión de haber sido traicionados cuando descubren esto, o tal vez se dejen llevar por el pánico y la indecisión, creyéndose incapaces de realizar el trabajo de campo porque sus observaciones no encajan con las categorías que manan de la sabiduría «bibliográfica».

En los campos de investigación con los cuales se tiene mayor familiaridad resulta mucho más difícil distanciarnos de nuestras presuposiciones, ya procedan éstas de la teoría social o del conocimiento profano. Una de las razones de ello es que lo que descubrimos en estos medios es demasiado obvio. Becker proporciona un ejemplo clásico en este sentido:

Hemos llegado a comprender cuál es la dificultad de observar aulas escolares. No es una cuestión de métodos de encuesta escolar ni tampoco se trata de que haya alguna cosa que nos impida ver lo que está ocurriendo. Creo más bien que, principalmente, lo que sucede es que todo aquello es demasiado familiar, de forma que resulta imposible seleccionar acontecimientos propios del aula para el análisis como cosas que realmente han ocurrido, aunque estén sucediendo delante de tus narices. No tengo la experiencia de observar clases de escuelas primarias y secundarias, pero en las clases de la universidad representa un tremendo esfuerzo de voluntad e imaginación dejar de ver solamente las cosas que están «allí» para ser vistas. He conversado con un par de grupos de investigación que se sentaron en la clase intentando observar y es extremadamente difícil que ellos vean o escriban algo que vaya más allá de lo que «todo el mundo sabe».

(Becker, 1971, pág. 10)

Otro problema implicado en la investigación en un medio de nuestra propia sociedad es que no es fácil refugiarse en el papel de novato. En el capítulo anterior vimos cómo los investigadores suelen ser catalogados dentro del papel de expertos o críticos. Además, las características adscritas, especialmente la edad, y las identidades latentes -como en el caso de la investigación de Beynon (1983) sobre profesores- pueden reforzar esto. Estudiando en estos lugares el etnógrafo se enfrenta con la difícil tarea de adquirir rápidamente la habilidad necesaria para actuar de forma competente, lo que no siempre es fácil incluso en los ambientes

familiares, mientras que, simultáneamente, en el ámbito privado está luchando para suspender, con fines analíticos, las presuposiciones que ha debido exteriorizar para ganarse la confianza de los miembros del grupo.

El «incompetente aceptable» no es, pues, el único papel que el etnógrafo debe representar en el campo y, verdaderamente, incluso cuando se adopta suele ser, de una manera u otra, abandonado posteriormente a medida que se desarrolla el trabajo de campo. Ha habido varios intentos de clasificar los diferentes papeles que los etnógrafos pueden adoptar en el campo. Junker (1960) y Gold (1958), por ejemplo, distinguen entre el «totalmente participante», el «participante como observador», el «observador como participante» y el «totalmente observador» (véase la figura 1).

En el papel de «totalmente participante» las actividades del etnógrafo permanecen ocultas por completo. Aquí el investigador puede unirse a un grupo u organización -Alcohólicos Anónimos (Lofland y Lejeune, 1960), pentecostalistas (Homan, 1980), una unidad del ejército (Sullivan y otros, 1958), un hospital psiquiátrico (Rosenhahn, 1973)-, los cuales piensan que el etnógrafo es un miembro efectivo, aunque, éste albergue el propósito de llevar a cabo una investigación. La «participación total» también puede ocurrir cuando el supuesto investigador ya es un miembro efectivo del grupo u organización y decide realizar un estudio. Éste fue el caso de la investigación que Holdaway (1982) hizo sobre la policía, y el trabajo de Dalton (1959) sobre los «hombres que dirigen (o controlan)». Un ejemplo extremo es el relato de Bettelheim (1970) sobre la vida en los campos de concentración alemanes.

La «participación total» es, por lo tanto, aconsejable en ciertas circunstancias. Algunos autores han sugerido que éste sería el ideal al cual los investigadores deberían aspirar. Jules-Rosette (1978a), por ejemplo, ha defendido la necesidad de una «inmersión total» en la cultura nativa. Esto no quiere decir simplemente «hacerse pasar» por un miembro, sino «convertirse» realmente en un miembro. En el caso de Jules-Rosette, éste se convirtió a la Iglesia apostólica de John Maranke, un movimiento africano nativo. Jules-Rosette reivindica en efecto este procedimiento, lo que ella llama «etnografía reflexiva», y que no tiene nada que ver con la formulación que nosotros hicimos de este concepto.

La «participación total» puede parecer muy atractiva. Dicha identificación e inmersión en el lugar puede dar la impresión de ofrecer seguridad: se puede viajar de incógnito, obtener un conocimiento «desde dentro» y evitar el problema de las negociaciones de acceso. Algo de cierto hay en ello y, de hecho, en algunos lugares la participación completa puede ser la única estrategia mediante la cual obtener los datos requeridos. Sin embargo, «pasar» como miembro durante un período establecido, habitualmente tiene un efecto importante en las capacidades dramáticas del trabajador de campo. El encubrimiento del etnógrafo podría «saltar por los aires», y las consecuencias serían desastrosas para la finalización del proyecto de trabajo de campo, y quizá también para el investigador a nivel personal. Afrontar una situación especialmente embarazosa sería el menor de los problemas que podrían esperarse:

Athena apareció de nuevo, y con nerviosismo me dijo que algunas personas querían hablar conmigo. [...] y me llevó a una habitación en la que cinco miembros del consejo estaban reunidos: los reverendos Armat y Wif, y los maestros Firth, Huf y Lare. Ésta última era la presidenta del consejo.

En primer lugar, mientras me adentraba en la habitación, estaba encantada de tener finalmente la oportunidad de hablar de ciertas cuestiones elevadas, pero en seguida la elaborada trama que se había desarrollado a mis espaldas se convirtió en algo dolorosamente obvio.

En cuanto me senté frente a Huf, Lare me miró fríamente. «¿Cuáles son tus motivos?», inquirió.

Entonces me di cuenta de la hostilidad que había en la habitación, y esa repentina conciencia, tan inesperada, me dejó sin habla.

«Evolucionar», contesté de manera poco convincente. «¿Estáis al corriente de las cintas?»

«Bien, ¿qué pasa con ellas?», preguntó ella.

«Así puedo recordar cosas», dije.

«¿Y las preguntas? ¿Por qué has estado preguntándole a todo el mundo acerca de su pasado? ¿En qué puede ayudar eso a tu crecimiento?»

Intenté explicárselo. «Pero es que yo siempre pregunto a la gente acerca de sí misma cuando los conozco. ¿Qué hay de malo en eso?»

Sin embargo, a Lare no le satisfizo mi explicación. «No' te creemos», me respondió.

Entonces Firth añadió: «Tenemos mucha gente inteligente en el grupo... Hemos leído tu diario...».

En ese momento no supe qué decir. Aparentemente, ahora me consideraban una especie de enemiga encubierta o de periodista sensacionalista dispuesta a molestarlos o a exponer a la Iglesia, y esgrimían estas pruebas para probármelo. [...]

Más tarde, Armat explicó que tenían temores respecto a mi persona o acerca de cualquier otro que llamara la atención sobre ellos debido al clima negativo hacia los cultos entre los «humanos». Así que temían que la atención prestada desde el exterior pudiera llevarles a la destrucción antes de que estuvieran preparados para la llegada de la aniquilación. Sin embargo, en la tensión de un juicio sumárisimo, no hubo manera de poderles aclarar mis intenciones para reconciliarlos con mi creencia expresa en el aprendizaje de la magia. Al recordar que Firth había leído mi diario, me di cuenta de que ya no tenía nada que decir.

«Así que ahora, márchate», espetó Lare. «Coge tu pentagrama y vete.»

Al librarme de mis cadenas les expliqué que había llegado allí en un coche con otras personas y que ahora no tenía manera de regresar.

«Ése es tu problema», dijo ella. «Simplemente esperamos que te hayas ido cuando regresemos.» Y, de manera amenazadora, añadió: «Deberías estar contenta de que no hayamos hecho nada más».

(Scott, 1983, págs. 132-133)

Afortunadamente, Scott había recogido ya una cantidad sustancial de datos antes de que su identidad como investigadora fuera descubierta y el grupo en el que se había visto incluida decidiera tomar una represalia violenta.

Aquí, incluso si se hubiera tenido éxito, la estrategia de una «participación completa» normalmente se habría mostrado limitada. El tipo y las características de la información que se recopila frecuentemente serán bastante limitados en la práctica. Por definición, el participante se verá obligado a implicarse en las prácticas sociales existentes y las expectativas que sobre él recaerán serán mucho más rígidas que las que recaerían en un investigador que hace su tarea abiertamente. La actividad investigadora estará, además, rodeada por estas rutinas y realidades preexistentes. En esta situación será muy difícil que el trabajador de campo pueda optimizar las posibilidades de recoger información. Determinadas líneas de investigación que parezcan potencialmente provechosas pueden resultar inviables en la práctica, pues los «totalmente participantes» tienen que actuar de acuerdo con las expectativas que los miembros depositan en sus papeles.

Gregor (1977) señala los límites de la participación total. Durante los primeros días de su trabajo de campo en un aldea de indios en Brasil, Gregor y su mujer intentaron -en aras de unas «buenas relaciones públicas»- vivir como si fueran indios:

Desgraciadamente, no estábamos aprendiendo mucho. Todos los días volvía de las largas caminatas a través de la selva, llegaba cansado, incapaz de pensar en nada, muerto de hambre y lleno de picaduras de insectos. Mi trabajo no estaba funcionando bien, porque cazar y pescar son asuntos demasiado serios para ellos como para molestarles con preguntas irrelevantes sobre el hermano de su madre. Mientras tanto, a mi mujer le estaba yendo un poco mejor con las mujeres.

(Gregor, 1977, pág. 28)

Después, Gregor y su mujer dejaron de «fingir» que se estaban «volviendo» indios brasileños, y reiniciaron la actividad de investigación sistemática.

En contraste con el «totalmente participante», el «totalmente observador» no tiene ningún contacto con lo que está observando. Así, Corsaro (1981) completó su observación participante con los niños de la guardería para observarlos a través de un espejo sin azogue. La observación encubierta, el que observa el comportamiento de la gente de la calle desde una ventana (Lofland, 1973), también entra dentro de esta

categoría, y quizá también investigaciones como la de Karp (1980) sobre los «escenarios públicos donde hay interacción sexual» en Times Square.

Paradójicamente, la observación total comparte muchas de las ventajas e inconvenientes de la participación total. A su favor está que las dos minimizan el problema del rechazo: en ninguno de los casos el etnógrafo interactúa como investigador con la gente que está estudiando. Por otro lado, podrían haber serios límites para lo que puede o no ser observado, y las entrevistas a los participantes normalmente resultan imposibles. En teoría, si sólo se adopta uno de los dos roles será muy difícil trabajar de una manera rigurosa, aunque ambas pueden ser estrategias prácticas para adoptar en determinados momentos del trabajo de campo y, en ciertas situaciones, su adopción puede ser inevitable.

La mayoría de las investigaciones de campo se hacen empleando unos roles que se encuentran en un punto intermedio entre estos dos polos. La cuestión de si la distinción entre los participantes como observadores y observadores como participantes tiene algún valor o no es difícil de responder. Examinando la distinción realizada en la tipología de Junker (1960) sobresale un problema serio: se mezclan diferentes dimensiones que no tienen necesariamente que estar relacionadas. Una de ellas, mencionada en el capítulo anterior, es la cuestión del secreto y el engaño. Otra es si el etnógrafo asume un rol preexistente en el campo o negocia uno nuevo; aunque no pueden hacerse distinciones apresuradas y rígidas y, ciertamente, deberíamos tener cuidado en no tratar los roles que ya están establecidos en el campo como si tuviesen unas características rígidas y estáticas (Turner 1962).

En las investigaciones secretas, por supuesto, el etnógrafo tiene pocas posibilidades al margen de seguir un rol ya existente, aunque tal vez sea posible ampliarlo y modificarlo hasta el punto que convenga a la investigación (Dalton, 1959). Algunas veces, en la investigación abierta tampoco hay otra opción que no sea representar un rol establecido, tal como Freilich (1970a y b) descubrió en su estudio de los metalúrgicos mohawk en Iliaca York. Después de haber hecho amistad con uno de los mohawk, intentó volver al rol de antropólogo:

Pronto quedó claro que cualquier símbolo antropológico era tabú. [...] No podía usar lápices, libretas o cuestionarios. No podía siquiera ser semiantropólogo. Por ejemplo, intentaba decir: «Eso es realmente interesante; deja que lo escriba para que no se me olvide». De repente, mis compañeros mostraban una actitud hostil y las pocas palabras que conseguía garabatear me costaban su antipatía durante los días siguientes.

(Freilich, 1970a y b, pág. 193)

Currer (1992) explica una experiencia parecida en la negociación del acceso a las informantes pathan:

Se me otorgó un permiso para hacer una visita; las visitas se trazaban en términos sociales: mi agenda y mi propósito de dominio público nunca fueron relatados. Cuando lo hice, las mujeres involucradas se sintieron muy ofendidas y nuestra relación se cuestionó. Las mujeres, no menos que los hombres, ya sabían de mis propósitos de investigación. Sólo en dos casos la relación combinó de manera estrecha lo personal y lo profesional. En esos casos, yo podía tomar notas y guiar el intercambio.

Currer concluye diciendo: «Tuve que escoger entre insistir en mis reglas y que me fuera negado cualquier acceso real o [visitar] según los términos de las mujeres» (Currer, 1992, págs. 17-18).

Generalmente, en la investigación abierta el etnógrafo tiene la opción de decidir si va a asumir o no uno de los roles ya existentes en el campo. Así, por ejemplo, en la investigación sobre los colegios, a veces los etnógrafos tienen que adoptar el papel de profesor (véase, por ejemplo, Aggleton, 1987; Mac an Ghail, 1991), pero otras veces no (Brown, 1987; Walker, 1988; Stanley, 1989; Riddell, 1992). Quizá no resulte sorprendente, pero ellos rara vez adoptan el papel de alumnos de la escuela (véase Llewellyn, 1980), aunque en los estudios sobre la educación superior los etnógrafos sí se incorporan al rol de estudiantes (Moffat, 1989; Tobias, 1990).

Las decisiones sobre el rol que hay que adoptar en el campo dependerán de los propósitos de la investigación y del tipo de lugar en el que ésta se lleve a cabo. En cualquier caso, las previsiones que se hagan sobre las probables consecuencias de adoptar diferentes roles raramente son algo más que meras especulaciones. Por fortuna, a lo largo del trabajo de campo frecuentemente se producen cambios de rol. De hecho, existen poderosos argumentos a favor de la movilidad entre diferentes roles durante el trabajo de campo, para poder evaluar sus efectos sobre la información. Sevigny (1981), al estudiar las clases de arte en una universidad, recogió datos combinando el papel de estudiante, el de tutor y varios roles de profesor. Se

pueden utilizar, pues, diferentes papeles dentro del campo, para poder tener acceso a diversos tipos de información, así como para conocer mejor los distintos perfiles de cada uno.

ADMINISTRAR LA MARGINALIDAD

Existe una tercera dimensión en la variedad de roles de investigación, incluida en la tipología construida por Junker y Gold: desde el punto de vista «externo» del observador hacia la perspectiva «interna» de los actores. Sin embargo, esta dimensión está rodeada por lo que Styles define como mitos externos e internos:

En esencia, los mitos externos afirman que sólo lo externo puede conducir de manera válida una investigación en un grupo dado; sólo lo externo, se sostiene, posee la objetividad y la distancia emocional necesarias. De acuerdo con los mitos externos, lo interior presenta invariablemente su grupo bajo una luz favorable no real. De manera análoga, los mitos internos afirman que sólo lo interno está en disposición de llevar a cabo una investigación válida en un grupo concreto y que todo lo externo es inherentemente incapaz de apreciar el verdadero carácter de la vida en grupo.

Los mitos de lo que está dentro o fuera no son generalizaciones empíricas acerca de las relaciones entre la posición social del investigador y el carácter de los hallazgos de la investigación. Son elementos de una retórica moral que pide la legitimidad en la investigación de un grupo concreto.

(Styles, 1979, pág. 148)

Por supuesto, es cierto que los que están fuera y los que están dentro se encuentran en disposición de acceder de manera inmediata a diferentes grupos de información. Y ambos están expuestos también a distintos tipos de peligros metodológicos. El peligro que incumbe al papel del observador total es el de no llegar a entender las perspectivas de los participantes. Allí donde esta estrategia es utilizada de manera única, esas perspectivas se infieren a partir de lo que se pueda observar más allá del conocimiento previo del investigador, sin posibilidad de comprobar estas interpretaciones respecto a lo que dicen los participantes como respuesta a sus preguntas. Aquí el riesgo no sólo es perder un importante aspecto del lugar, sino más bien confundir de manera seria el comportamiento de los observados.

Un peligro más común en la investigación etnográfica, y que afecta a los otros tres roles en la tipología de Junker, es «convertirse en nativo». A veces no sólo se abandona la tarea de análisis para poder disfrutar plenamente de la participación, sino que incluso cuando se continúa con la investigación con un «exceso de amistad» puede surgir una actitud de parcialidad. Miller subraya este problema en el contexto de un estudio sobre el liderazgo en un sindicato local:

Una vez que había entablado una estrecha relación con los líderes sindicales, estaba decidido a mantenerla, lo que suponía abandonar algunas líneas de investigación. Ellos me habían dado una información muy importante y delicada sobre las actividades internas de la rama local del sindicato: cuestionar abiertamente sus actitudes básicas hubiera abierto varias áreas de conflicto. Continuar con la estrecha amistad y seguir los senderos de investigación que los líderes sindicales consideraban antagónicos hubiera sido imposible. Volver a un nivel inferior de amistad hubiera sido difícil, porque un cambio súbito les induciría a mantener una distancia y desconfianza considerables.

(Miller, 1952, pág. 98)

Después de haber establecido relaciones amistosas, Miller encontró límites para la recopilación de información. Él incluso sugiere que los mismos líderes podrían haber utilizado esa relación tan estrecha para limitar sus observaciones y críticas. Miller también llama la atención sobre el hecho de que el exceso de amistad con un grupo lleva a problemas de relación con otros grupos; en su estudio, su proximidad con los líderes sindicales limitó su relación con los propios trabajadores.

La cuestión de las relaciones de amistad tiene dos implicaciones, y ambas presentan problemas de «identificación». En un caso como el señalado por Miller, el etnógrafo puede ser identificado con determinados grupos o individuos, de forma que ello complique su movilidad social en el campo y las

relaciones con otros. Más sutil, tal vez, sea el peligro de «identificarse con» las perspectivas de algunos actores, sin constituir siquiera motivo de conflicto.

Un muy conocido estudio etnográfico británico que ha sido acusado por muchos lectores de tener una «perspectiva parcial» es el estudio de Paul Willis (1977) sobre los adolescentes de las clases trabajadoras. El trabajo de Willis está basado en entrevistas con doce alumnos que se caracterizan por sus actitudes contrarias a la escuela. Estos muchachos de clase trabajadora se describen a sí mismos como «valientes», distinguiéndose de los que ellos llaman «pelotas», quienes aceptan los valores de la escuela. Los «valientes» no tienen oportunidades para encontrar empleos de «clase media» y, de forma entusiasta, buscan empleos propios de la clase trabajadora. Willis argumenta que esta contracultura «encaja» con la cultura de los lugares de trabajo de la clase baja, incluso llega a sugerir que los alumnos más conformistas están menos adaptados a la cultura de los empleos propios de la clase trabajadora.

Hay dos indicios de «exceso de afinidad» en el trato de Willis con esos jóvenes. En primer lugar, él parece haber dedicado su atención casi por completo a los «valientes»; en muchos aspectos parece adoptar sus puntos de vista sin someterlos a análisis. Al final, el libro es una celebración de las hazañas de los «valientes»: Willis no puede o no quiere tomar la distancia adecuada con respecto a los relatos de los «valientes». En segundo lugar, trata a los «valientes» como si fueran portavoces de la «clase trabajadora». Aunque Willis reconoce explícitamente que la cultura de la clase trabajadora es heterogénea, él, no obstante, parece considerar los puntos de vista de los «valientes», o al menos algunos de ellos, como representativos de la clase trabajadora en general. Puesto que «los pelotas» conformistas también proceden de la clase trabajadora, este tratamiento es, como mínimo, problemático. No hay duda de que Willis es culpable de «identificarse» con sus doce elegidos y, como resultado, su descripción de la escolaridad se ve comprometida.

En un interesante paralelismo, Stein (1964) proporciona una descripción reflexiva de su identificación con el grupo de mineros que estudiaba junto con Gouldner (1954):

Mirando hacia atrás, ahora pude ver los tipos de influencias que estaban presentes. Mi tema de investigación era la cuestión de la autoridad y, decididamente, escogí las expresiones de hostilidad características de los mineros en lugar de la represión que caracterizaba a los trabajadores de la superficie. Yo procedía de una cultura de clase bastante heterogénea que conllevaba una mezcla de elementos de clase alta, media y baja, que aún no había conseguido asimilar del todo. El caso es que asociaba el espacio de la clase trabajadora con la espontaneidad emocional, y el espacio de la clase media con la contención emocional. Nunca me enfrenté al hecho de que los hombres de la superficie eran tan miembros de la clase trabajadora como los propios mineros.

La redacción de la investigación se volvió un acto de vasallaje puesto que pensaba que escribir sobre la vida en la mina era mi manera de ser fiel a la gente que vive allí. Fue lo más fácil que nunca haya escrito. Pero los esfuerzos para interpretar el comportamiento de los mineros como el producto de fuerzas sociales y especialmente, verlo como un conjunto de prácticas estratégicas en vez de espontáneas, me dejó un profundo sentimiento de zozobra.

(Stein, 1964, págs. 20-21)

Aunque el etnógrafo puede adoptar diversos roles, el objetivo de cada uno de ellos es mantenerse en una posición más o menos marginal. Como señala Lofland (1971, pág. 97), el investigador elabora «interpretaciones creativas» desde la posición marginal de estar, simultáneamente, dentro y fuera. El etnógrafo debe estar intelectualmente suspendido entre la «familiaridad» y el «extrañamiento» mientras que, socialmente, su papel oscila entre el «amigo» y el «extraño» (Powdermaker, 1966; Everhart, 1977). Funciona, pues, según el título de una colección editada por Freilich (1970b), como un «nativo marginal».

LAS TENSIONES Y LAS PRESIONES DEL TRABAJO DE CAMPO

No resulta fácil mantener una posición de marginalidad, puesto que ésta conlleva una sensación de inseguridad constante, incluyendo vivir en dos mundos simultáneamente, el de la participación y el de la investigación. En la investigación encubierta, existe un constante esfuerzo por mantenerse encubierto y, al mismo tiempo, aprovechar cualquier oportunidad que surja. En la observación abierta y participante, existe la

tensión de vivir con la ambigüedad y la incertidumbre de la posición social situada en el margen, y hacerlo de una manera que sea útil para la investigación pero también de un modo éticamente aceptable. En un aspecto o en otro, como Thorne (1983, pág. 221) señala, a menudo se «corre hacia la semilla» de los lugares en los que se trabaja.

Johnson (1975) ha recogido varios detalles de sus reacciones físicas y emocionales bajo las presiones del trabajo de campo. Algunas de sus notas de campo documentan sus respuestas con una franqueza destacable:

Todas las mañanas, alrededor de las ocho menos cuarto, mientras voy conduciendo hacia la oficina, comienzo a sentir una molestia en el lado izquierdo de mi espalda, y la maldita cosa permanece allí hasta cerca de las once, cuando hago mis planes diarios de acompañar a uno de los trabajadores. Puesto que casi todos los trabajadores están en la oficina hasta las once o las doce, y como hay una única silla de sobra y absolutamente ninguna mesa en las dos unidades, en esas dos o tres primeras horas me sumerjo en una profunda agonía todos los malditos días. Intentar estar ocupado sin molestar demasiado a ningún trabajador es como jugar al ajedrez chino, saltando de un lado para otro, de aquí para allí, sin encontrar un sitio donde esconderme.

(Johnson, 1975, págs. 152-153)

Los síntomas físicos que Johnson describe son tal vez un ejemplo bastante extremo de la presión existente en el trabajo de campo. Pero, en general, este fenómeno es bastante común: muchos trabajadores de campo relatan la experiencia con cierto grado de constreñimiento en función de su «rareza» y «extrañeza» o posición «marginal». Podemos comprobar algunas de estas características a partir del análisis psicológico de Wintrob (1969) sobre las ansiedades sufridas por los antropólogos en el campo, basándose en las experiencias de estudiantes graduados y algunos relatos autobiográficos publicados.

Wintrob identifica diferentes fuentes de estrés, incluyendo lo que él define como el «síndrome de desadaptación», que supone una amplia abanico de sensaciones: incompetencia, miedo, ira, frustración. Cita la explicación de un estudiante graduado:

Al principio tenía miedo de todo. Miedo de tener que presionarles, de intentar mantener un rol completamente diferente al de los que están a tu alrededor. Antes de hacer una irrupción en una situación pasaba mucho tiempo hasta decidirme. Quería dejarlo para otro día. No paraba de pensar en la posibilidad de que me rechazaran y constantemente dudaba de la pertinencia de los datos recogidos. Sabía que tenía que instalar mi propia tienda pero continuaba retrasándolo. No me decidía a empezar a pasarles los cuestionarios. Me estaba refugiando claramente en el campamento (una zona de tiendas que reunía a un grupo de parientes). Todo el mundo sabía lo que estaba haciendo. Me parecía difícil trasladarme a otro campo (a unas millas de distancia). Yo lo racionalizaba diciéndome que un trabajador de campo no debe querer abarcar demasiado.

(Wintrob, 1969, pág. 67)

Los propios diarios de Malinowski revelan muchas de estas situaciones de ansiedad y desasosiego: son realmente un importante documento, puesto que revelan sus sentimientos ambivalentes hacia los isleños trobriandeses y también su ensimismamiento y su preocupación por su propio bienestar (Malinowski, 1967). De forma similar, Wax (1971) proporciona un excelente informe sobre sus dificultades para trabajar en un centro de confinamiento para los japoneses-norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial. Wax describe sus dificultades iniciales con la recogida de información, frente a una (incomprensible) hostilidad y sospecha: «Al final de mi primer mes de trabajo había conseguido muy poca información y estaba descorazonado, confundido y obsesionado por mi sensación de fracaso» (1971, pág. 70).

No queremos dar la imagen de que la experiencia del trabajo de campo es un sufrimiento continuo: para muchos suele ser un período de intensa satisfacción personal. Sin embargo, la presión que vive el «nativo marginal» es un aspecto muy común e importante de la realidad etnográfica. El etnógrafo, dependiendo de si plantea resistencia a la superidentificación o a la rendición ante los «anfitriones», tendrá o no un sentimiento de «traición» o de fidelidades divididas. Lofland (1971, págs. 108-109) llama la atención sobre la «profundidad» de esta experiencia. El etnógrafo, en su dinámica de inmersión y distanciamiento simultáneos, puede vivir una especie de esquizofrenia. Pero este sentimiento, u otros equivalentes, debería ser tomado por lo que realmente es. No es algo que necesariamente tenga que evitarse o sustituirse por sensaciones más agradables de bienestar. La impresión de estar «como en casa» también es una señal de peligro. Desde la

perspectiva del etnógrafo «marginal» y reflexivo, la cuestión no es «rendirse» a ellos o «volverse» uno de ellos. Siempre quedará algo sin mostrar, una determinada «distancia» intelectual y social. Ya que en el espacio creado por esa distancia se efectúa el trabajo analítico, la etnografía no será más que un relato autobiográfico sobre una conversión personal. Y esto puede ser un documento valioso e interesante, pero no constituye un estudio etnográfico.

Los etnógrafos deben esforzarse por evitar sentirse «como en casa». Si se pierde totalmente la sensación de ser un «extraño» es que se ha dejado escapar la perspectiva analítica y crítica. Se sabe porque los primeros días del trabajo de campo son problemáticos y, normalmente, están llenos de dificultades: se tienen que tomar decisiones difíciles concernientes a la estrategia del trabajo, se tienen que establecer rápidamente relaciones de trabajo, y la incomodidad social es una posibilidad real. Por otra parte, sería peligroso decir que ésta es una fase momentáneamente difícil que el investigador superará, a la que sucederá un discurrir placentero y exento de problemas. Aunque las relaciones sociales y el establecimiento de contactos vayan bien y los problemas profundos de extrañamiento se resuelvan, es importante que ello no desemboque en una actitud mental demasiado cómoda. Everhart (1977) ilustra este riesgo en su estudio sobre las relaciones entre alumnos y profesores:

La saturación, la fatiga del trabajo de campo y el hecho de que las cosas estaban yendo bien condujeron, hacia el final del segundo año, a una merma de mi perspectiva crítica. Comencé a percatarme de que los hechos se me estaban escapando de las manos y de que no me daba cuenta de su valor hasta más tarde. Por ejemplo, ya había recopilado minuciosamente las conversaciones en que los profesores clasificaban a los estudiantes, y también había atendido a las formas empleadas por los estudiantes para categorizarse entre sí. Como quiera que esas conversaciones continuaban y resultaban especialmente ricas por los cambios que introducían en dichas perspectivas, me encontré desestimando esas discusiones porque sentía que todo aquello ya lo había escuchado previamente, cuando, en realidad, se planteaban dimensiones que antes nunca había considerado. Por una parte estaba enfadado por no haber recogido y analizado esos sistemas de categorías y por otra, estaba cansado y me había acostumbrado a sentarme con los profesores y entablar pequeñas conversaciones. Mi actitud inquisitiva había desaparecido.

(Everhart, 1977, pág. 13)

Esto no quiere decir que no habrá ocasiones, muchas incluso, en que sea necesario establecer una interacción por razones pragmáticas y de sociabilidad, en lugar de por estrategias e intereses de investigación. La cuestión fundamental es que uno nunca se debe entregar completamente al momento o al lugar. En principio, uno debería estar constantemente alerta y permanecer atento a las posibilidades de investigación que se abren en todas y cada una de las situaciones sociales.

Si uno comienza a despreocuparse y el campo de investigación empieza a tomar la apariencia de una rutina familiar, entonces es necesario plantearse algunas cuestiones pertinentes. ¿Esta sensación de comodidad quiere decir que el trabajo de campo realmente ha acabado? ¿Ya ha sido recogida toda la información necesaria? (En teoría siempre hay algo nuevo que descubrir, eventos imprevistos que hay que investigar, pistas de investigación que hay que seguir, etcétera.) Siempre hay que plantear una cuestión: estar deambulando por ahí, sin ningún propósito, sólo por estar allí, «por interés» o por falta de confianza, no hará que obtengamos la información necesaria.

Más tarde o más temprano uno ha de plantearse si acabar el trabajo de campo o bien trasladarse a un nuevo ambiente social. Puede pasar también que el sentido de familiaridad haya sido generado por pura indolencia. Si la investigación no parece estar acabada, hay que plantear algunas cuestiones: ¿me siento cómodo porque estoy siendo complaciente?, es decir, ¿me esfuerzo por ser tan «agradable» para mis anfitriones hasta el punto de que nunca les planteo cuestiones potencialmente conflictivas o problemáticas? Asimismo, ¿esto quiere decir que mi bienestar dentro del grupo estriba en que estoy evitando relacionarme con determinadas personas y refugiándome junto a la gente con la cual me siento más cómodo? En muchos contextos sociales necesitamos realmente la protección de padrinos formales o informales, informantes que hagan de asistentes, etcétera. Pero es importante no «colgarse» de ellos. De cuando en cuando, uno debe preguntarse si la investigación está siendo excesivamente limitada por esta posibilidad. En general, es recomendable hacer una pausa para considerar si la sensación de bienestar y familiaridad se debe a la pereza, a una limitación impuesta sobre la investigación por la incapacidad de continuar formulando nuevas preguntas, a una negativa a ir contra el sentido común, a un miedo de poder cometer errores o a una falta de voluntad respecto a intentar establecer relaciones sociales nuevas o difíciles. Es posible ganarse un lugar donde estar

cómodo en el campo durante las primeras fases del trabajo: pero es importante no permanecer allí eternamente e intentar buscar un sitio en otro contextos.

La marginalidad no es la única fuente de tensión y de presión en el trabajo de campo, por supuesto. Otra se encuentra en las situaciones sociales y físicas que uno puede encontrar y que, normalmente, podría evitar. Henslin proporciona un ejemplo a partir de su observación participante en la investigación sobre los indigentes:

No fue la amplitud y la gran impersonalidad del refugio [...] lo que me produjo un shock a nivel cultural. Fue, más bien, la aproximación radicalmente diferente a los indigentes. Por ejemplo, al entrar a cada hombre se le asignaba un número, y luego localizaba una cama marcada con ese número, y a los pies de la misma encontraba una cesta también con su número. Se desnudaba junto a la cama y esperaba hasta que oía decir su número. Entonces, todavía desnudo, desfilaba en fila junto a otros ciento nueve hombres, llevando sus ropas [...] hasta un centro de chequeo asistido por hombres uniformados. [...] Después de ducharse, pero todavía desnudo y rodeado por otros hombres extraños desnudos, a cada hombre se le exigía que se afeitara, utilizando las maquinillas que se habían dejado encima de las picas. Finalmente, todavía desnudo, volvía caminando hasta la cama que le había sido asignada.

Esta rutina me deslumbró como experiencia. [...] Para mí [...] desfilas desnudo junto a otros extraños, [...] y observar a esos otros hombres desfilas también desnudos era algo humillante y degradante, un asalto frontal a mi sensibilidad.

Tampoco pasé una buena noche. Alejado de la que había sido mi compañera de cama durante doce años. Apartado de mi entorno familiar. Y, especialmente, apartado de aquello que me protegía de los desconocidos. [...]

Entonces mi mente insistió en repasar los detalles que me había relatado el director del refugio. Muy temprano, ese mismo día, cuando le entrevisté, [...] él mencionó las violaciones homosexuales que tenían lugar en los dormitorios. Durante la entrevista, dos hombres habían tenido que ser sacados del comedor después de haberse amenazado con un cuchillo y una pistola respectivamente. Cuando le dije que había planeado pasar la noche allí y le pregunté si estaría a salvo, a pesar de que yo esperaba que me tranquilizara, me dijo que en una ocasión un tipo le había clavado un cuchillo, y añadió: «Nada es realmente seguro. En esta vida, tienes que estar preparado para morir».

No fue, precisamente, la noche más tranquila de mi vida, pero la mañana me alcanzó totalmente dormido. Sé que fue debido a que muy temprano, a las cinco y treinta y cinco para ser exactos, las numerosas luces del techo se encendieron de repente iluminando mi cara mientras simultáneamente los altavoces bramaban: «¡Todo el mundo arriba! ¡Todo el mundo arriba! ¡Moveos!».

(Henslin, 1990, págs. 60-61)

Las trabajadoras de campo a veces pueden ser susceptibles de ser atacadas, particularmente en el aspecto sexual. Como señala Warren (1988, pág. 30), en el trabajo de campo la cuestión de la sexualidad surge en primer lugar en el contexto de la seguridad respecto a la violación de las «mujeres blancas» solas en sociedades «primitivas». Ella propone, para tener una más amplia perspectiva, anotar la participación sexual de los trabajadores de campo durante la investigación (véase también Fine, 1993). No obstante, la agresión sexual puede ser, como mínimo, un problema. Warren habla de la investigación de una de sus alumnas, Liz Brunner, sobre los indigentes:

Durante su trabajo de campo, Liz durmió, bebió, conversó y compartió la comida con los indigentes de las calles de Los Ángeles; casi todos eran hombres. Después de una serie de episodios de toqueteos físicos no deseados, aprendió a evitar estar sola con algunos hombres en particular, o a pasar por zonas oscuras de la calle con aquellos que no conocía bien. [...] Estos indigentes varones -algunos de ellos antiguos pacientes de instituciones mentales- a menudo no sabían, o quizá tenían algún conocimiento, de que Liz pertenecía a la clase media, era feminista y tenía una serie de creencias relativas a la expresión sexual en las relaciones entre hombres y mujeres.

(Warren, 1988, págs. 33-34)

Dichos problemas no están, por descontado, restringidos a los contactos con indigentes en las calles, como Gurney señala en su investigación sobre los abogados:

Un claro ejemplo del problema asociado a mi género fue el acoso sexual por parte de uno de los fiscales. Intentó, en diferentes ocasiones, que fuera a su apartamento con la excusa de que utilizara su ordenador. [...] Al fracasar, me preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudarlo a programar su ordenador para analizar datos bancarios en los casos de desfalco. Le dije que no conocía a nadie, pero le ofrecí la posibilidad de colgar algún cartel en la universidad. Él rechazó la idea y nunca más sacó el tema.

(Gurney, 1991, págs. 58-59)

Sin embargo, las experiencias desagradables durante el trabajo de campo no surgen únicamente a causa de aquello que puede sufrir el etnógrafo. Aún puede ser más desagradable lo que el observador participante siente que hay que hacer para mantener su papel participante. Éste es un problema que tiene lugar en especial cuando se adopta el papel de observador totalmente participante, pues a partir de ahí, como hemos señalado, se reduce el margen de maniobra. La situación se ve exacerbada cuando la gente con la que uno se relaciona es proclive a la violencia. En dichas circunstancias, uno se puede ver envuelto en actividades que son peligrosas y detestables, como Mitchell comprobó en su investigación sobre los supervivientes:

Solo, a cuatro mil kilómetros de mi casa, durante el tercer día de las Conferencias de los Patriotas Cristianos Supervivientes, me ofrecí voluntario para realizar una guardia. [...] Los de la Nación Aria estaban allí con el Posse Comitatus y los del Klan. En el nombre de la razón, el patriotismo y Dios, ellos exigían el repudio de la deuda nacional, la revolución racial, la asistencia económica a los pequeños granjeros y el genocidio. [...] Cuatro de nosotros fuimos asignados a vigilar las puertas de entrada por la tarde. En medio del polvo, dirigíamos el tráfico de los que habían llegado tarde, controlábamos los pases y vigilábamos. El campo estaba controlado. La conversación viró hacia los temas típicos de los supervivientes. Primero, las armas: las iban extrayendo uno a uno para compararlas y admirarlas. «La mía está en el coche», mentí. Entonces, debido a que éramos extraños con una presumible causa común, fue el momento de contar historias, para confirmar de nuevo a nuestros enemigos y reiterar nuestros principios. Estábamos reunidos alrededor de un fuego de campo. [...] Nuestras historias fueron surgiendo en el sentido de las agujas del reloj. A las doce en punto hablamos de los homosexuales que frecuentaban el parque de la ciudad de su comunidad y se preguntaron qué tendrían que hacer con ellos «en el futuro». Sus propuestas incluían cadenas y árboles y dinamita que volara sus cuerpos en pedazos. Hay que entender estas afirmaciones. Hablaban de esto no como si se tratara de una masacre, algo excesivamente cruel, sino como una propuesta razonable. Todos teníamos que afrontar el «desagradable» problema, ¿no era cierto? Y la comunidad necesitaba «limpiarlo», ¿verdad? Asentimos todos con solemnidad como muestra de acuerdo. A las tres en punto se propuso una solución útil aprovechando la noche y las prácticas de tiro. «Buena idea», murmuramos. [...] Un nuevo coche cruzó la puerta de entrada. Se detuvo. Eran las nueve en punto. Mi turno. También conté una historia. Cuando empecé, otro hombre se unió a nosotros. Escuchó mi idea y la aprobó, presentándose a sí mismo, y entonces me dijo cosas que no todos conocían, acerca de planes que se habían realizado y que pronto serían llevados a cabo. Dijo que podrían utilizar a hombres como yo y me dijo que estuviera preparado. Lo tomé en serio. Otros también lo hicieron. Ese hombre se encontraba en la lista de los «Diez más buscados» del FBI. Si existen investigadores que pueden participar en semejantes asuntos sin verse afectados, yo no soy uno de ellos, y espero no serlo nunca. Lo único que deseo es poder olvidarlo algún día, olvidar todos los sonidos inconfundibles, mi propia voz, mis propias palabras, contando la historia de las nueve en punto.

(Mitchell, 1991, pág. 107)

Con esto estamos recordando que los investigadores de campo no siempre abandonan el campo física y emocionalmente indemnes, y que rara vez no se ven afectados por la experiencia de la investigación. Pero incluso cuando resulta muy desagradable, la experiencia casi nunca es «sólo» negativa, como indica Cannon sobre la base de su estudio de mujeres con cáncer de mama:

Puede sonar muy dramático decir que «cambió mi .-Ma» (aunque ése fue su un efecto posterior), pero ciertamente «me tocó», en el sentido de verme involucrada emocionalmente de una manera para la que no estaba preparada, y me aportó toda una serie de lecciones

«extracurriculares» acerca de la vida y la muerte, el dolor, la resistencia y las relaciones humanas.

(Cannon, 1992, pág. 180)

ABANDONAR EL CAMPO

A toda investigación le llega un momento en que el trabajo de campo necesita ser finalizado. A menudo esto viene determinado por la inaccesibilidad de nuevas fuentes, o por la aproximación de las fechas tope para la producción de los informes escritos. Con la excepción de aquellos que realizan la investigación en un lugar en el que viven o trabajan normalmente, generalmente finalizar el trabajo de campo significa dejar el campo; aunque a veces el lugar en sí se desintegra, como apreció Gallmeier (1991, pág. 226) en su investigación sobre un equipo profesional de hockey:

Comparado con otros investigadores de campo [...] yo tuve menos dificultades para desengancharme del lugar y de los participantes. Esto puede atribuirse, casi en su totalidad, al hecho de que una vez finalizada la temporada los jugadores se dispersan rápidamente y regresan a sus trabajos de verano con sus familias en el «Gran Norte Blanco». A finales de abril, los Rockets fueron eliminados en la tercera ronda de las eliminatorias y la temporada se acabó de repente. En pocos días, la mayoría de los integrantes de los Rockets abandonaron Summit City.

Virtualmente en mitad de la noche, la gente que había estado estudiando se dispersó, aunque él podría haberlos seguido de manera individual.

La mayoría de los etnógrafos, sin embargo, deben organizar el abandono del campo, y eso no siempre es una tarea fácil. Como el resto de aspectos de las relaciones de campo, habitualmente debe ser negociada. De hecho, a veces los participantes se muestran reacios a dejar partir al investigador, debido a una variada serie de razones. Los primeros intentos de David Snow por separarse del grupo budista Nichiren Shosnu encontraron una ráfaga de actividad de reconversión:

Tan pronto como acabé (al hablar al líder de mi grupo acerca de mi creciente desilusión) él me felicitó, añadiendo que (dichos sentimientos) eran un buen signo. Llegó a sugerir que [...] algo estaba sucediendo realmente en mi vida. [...] En lugar de verse decepcionado y rendirse, me dijo que cantara y me pidió que fuera incluso más participativo. También sugirió que fuese al centro de la comunidad a las diez de la noche y hablara con los líderes ancianos. [...] Más tarde, por la noche, ese líder llegó a mi apartamento, a las diez -sin anunciarse-, para llevarme al centro de la comunidad y así asegurarse de que recibía la «orientación».

Mientras yo intentaba cortar mi compromiso y ofrecer lo que parecían razones legítimas para abandonar, ellos intentaban volverme a introducir.

(Snow, 1980, pág. 110)

Dejar el campo no suele ser tan difícil; generalmente se trata de despedirse de aquellos con los que uno ha establecido relación, trazar contactos para el futuro (por ejemplo, con la intención de mostrarle los datos y sus conclusiones más adelante), y generalmente suavizar la partida. Y marcharse no significa necesariamente romper toda relación con aquellos que uno ha conocido al trabajar allí. La mayoría de los etnógrafos mantienen amistades y conocidos de sus períodos de trabajo de campo, a veces durante un largo período de tiempo. El caso de Cannon supone una triste excepción, pues los amigos que hizo en su investigación fueron desapareciendo progresivamente al morir de cáncer (Cannon, 1992).

Sin embargo, si se sabe llevar con delicadeza, la partida puede ser una experiencia emocional. Será en ciertas ocasiones extraño y desorientador para la gente del lugar comprender que el etnógrafo ya no va a formar parte de su mundo cotidiano. Los informantes deben adaptarse al hecho de que deben verlo como a un amigo que se convierte en un extraño, al menos en cierta medida. Para el etnógrafo la experiencia también puede ser traumática. Un caso extremo es el de Young, pues el final de su trabajo de campo coincidió con su jubilación de la policía:

Durante los meses que transcurrieron entre mi jubilación y la recopilación del material para este libro, me di cuenta de manera crucial que [...] había estado [...] involucrado en lo que yo

decidí qué sólo podía ser la deconstrucción de una identidad. Despojarse del marco institucional y de las severas normas de la organización disciplinar después de treinta y tres años, igual que la serpiente pierde la piel, supuso otro shock cultural. [...] Durante ese tiempo, soñé con regularidad (a todo color) con situaciones en las que vestía parcialmente de uniforme, a menudo, por ejemplo, con chaqueta de policía pero con pantalones de civil, y sin galones en la chaqueta o sin botones o marcas de rango. En esos sueños, en los que aparecían a menudo colegas del pasado, de algún modo era consciente de que me encontraba fuera de mi identidad policial, pero que seguía deshaciéndome de los últimos vestigios de la misma.

(Young, 1991, pág. 391)

Frecuentemente, el etnógrafo deja el campo con una mezcla de sentimientos, pero a veces con un pequeño alivio.

CONCLUSIÓN

En el capítulo 1 dijimos que la influencia del rol del investigador en la información recogida es muy importante. Antes que intentar, por todos los medios, evitar las reacciones en contra, se tendría que poner el énfasis en gestionar sus efectos y no perderlos de vista en la medida de lo posible. Como hemos visto, existe una variedad de roles que el etnógrafo puede adoptar en el campo, que conllevan una serie de ventajas y de desventajas, oportunidades y peligros. Además, al modificar de manera sistemática los roles de campo, será posible recoger diferentes tipos de datos, cuya comparación puede ampliar la interpretación de los procesos sociales que se están estudiando. Sin embargo, establecer y mantener relaciones de campo puede resultar estresante y, a la vez, una experiencia excitante, y los etnógrafos deben aprender a convivir con sus sentimientos, mantener su posición como nativo marginal y completar el trabajo de campo.

Los diferentes roles que los etnógrafos establecen en cada lugar son, por supuesto, las bases a partir de las cuales se recogen los datos. Una manera de recoger datos es la descripción del comportamiento de la gente, de lo que ellos hacen y dicen en diferentes circunstancias. También es muy importante la información que la gente, en el lugar de investigación, puede proporcionar acerca de sus propias creencias y sentimientos, y de su comportamiento y el de los otros en la actualidad y en el pasado. En el próximo capítulo consideraremos el papel de dichas explicaciones nativas en la investigación etnográfica.